

Dino Ticli

PLANTAS
Y
ANIMALES
TERRIBLES

**Historias de los seres más peligrosos,
horribles y venenosos del mundo**

Ilustraciones de
Andrea Antinori

Traducción del italiano de
Ana Romeral Moreno

 Siruela

Las Tres Edades **Nos Gusta Saber**

Índice



La higuera estranguladora

16



La araña escupidora

22



El árbol pong-pong

28



El cangrejo de los cocoteros

30



La chinche asesina

36



La planta vampiro

44



La flor de las hadas

50



El tiburón de dientes gigantes

56



El árbol de la muerte

64



Las plantas gritonas

70



El pez eléctrico

78



La flor del beso

86



El escarabajo bombardero

92



El dragón de Komodo

100



La rana dorada venenosa

106



El ricino

112



El pulpo de anillos azules

118



La hierba del diablo

124



El caracol *killer*

130



La mandrágora

138



El reptil que llora sangre

144



Las plantas carnívoras

150



La avispa de mar

156



La cicuta mayor

162



El gigante de los mares

168



La planta ojo de cangrejo

174



El pez vampiro

182



La serpiente feroz

188



La planta mataburros

196



La reina de las serpientes

202



El pez piedra

208

Un libro de las maravillas
para la pequeña Alice

Prefacio

Probablemente, el mundo vegetal y animal ha influido en el imaginario colectivo desde que el hombre empezó a hacerse preguntas sobre su propia existencia y sobre el origen de todo lo que le rodea.

Al principio, de manera sencilla y no estructurada, estas cuestiones dieron forma, en las diferentes culturas, a narraciones que entrelazaban la vida de la naturaleza con la del hombre, sobrepasando con frecuencia la frontera del reino de la fantasía y de lo sobrehumano. Transmitidas de generación en generación, han llegado a nosotros como mitos y leyendas.

Después, organizando ideas, intuiciones y conceptos de manera más elaborada y articulada, el hombre desarrolló un conjunto de conocimientos «fidedignos y verificables»: la ciencia.

Numerosos mitos hacen referencia al mundo de los animales y de las plantas (por ejemplo, la leyenda vinculada con el nacimiento del olivo y con el desafío entre Atenea y Poseidón, o el mítico rapto de Perséfone en relación con el fruto del granado).

No obstante, el hombre, en su continuo empeño por mejorar su propia condición, ha desarrollado comportamientos que lo han alejado cada vez más de la naturaleza y del equilibrio natural, hasta la asunción de los actuales estilos de vida impregnados de un consumismo no igualitario y discriminatorio.

En discordancia con el resto de las formas de vida existentes en el planeta, el hombre occidental ha causado, desde la Revolución Industrial en adelante, la destrucción de muchos hábitats naturales y la extinción de diferentes especies vivas —un daño irreparable para toda la humanidad.

Por tanto, es fundamental enseñar y educar a los seres humanos a controlar sus propios comportamientos para no alterar el equilibrio natural, de manera que se garantice a las futuras generaciones nuestra misma calidad de vida.

Es importante por ello que se hable de la naturaleza en sus diferentes manifestaciones, especialmente a vosotros, chicas y chicos. Las plantas y los animales, también hoy en día, pueden protagonizar cuentos y fábulas, como figuras alegóricas que estimulen vuestras reflexiones. El autor, en esta interesante colección de cuentos, ha sabido combinar el rigor científico y la fantasía, alternándolos y fundiéndolos en uno para regalaros una apasionante experiencia de lectura.

CRISTINA LO GIUDICE Y PIETRO PAVONE

Grupo de trabajo «Jardines botánicos y jardines históricos»
de la Sociedad Botánica Italiana

Naturaleza escalofriante

Cuando entráis en un bosque, podéis contemplar plantas y animales de todo tipo. ¡Cuántas veces os habréis encontrado con llamativos racimos de frutos rojos parecidos a grosellas o con bayas de color azul cobalto...! ¿Pero os habéis preguntado alguna vez si son comestibles? ¿Y si la naturaleza los hubiera dotado de venenos tan potentes como para poner en peligro nuestra salud?

En un bosque, justo sobre el lecho de hojas que se encuentra bajo vuestros pies, podríais ver también cómo se mueven animadamente extraños animalitos; o cómo una procesión de orugas peludas avanza como un ejército en marcha hacia un abeto; o cómo una miríada de hormigas construye un gran nido en forma de cono. ¿Podemos acercarnos a estos animales o es mejor observarlos a distancia?

Hay que ser realmente expertos, al menos sobre la naturaleza que rodea a nuestro hogar, para responder a estas preguntas. En efecto, las bayas podrían ser tan tóxicas que causarían graves daños a nuestra salud; las orugas en procesión podrían tener pelos tan urticantes que provocarían escozor y graves reacciones alérgicas, aunque, por suerte, serían combatidas por las hormigas del nido cónico, llamadas «hormigas rojas», que son infatigables depredadores de orugas... A pesar de ello, es preferible no acercarse tampoco a estas, ya que, para defenderse, muerden y sueltan un ácido irritante.

El mundo natural nos cuenta historias increíbles sobre organismos que se encuentran, se enfrentan, se defienden, se alían, en un juego infinito de relaciones que nos fascina y nos sorprende.

Nosotros, los seres humanos, formamos parte de estas relaciones y todavía hoy en día dependemos de plantas y animales para nuestra supervivencia. No debemos olvidarlo.

Precisamente con el deseo de hacerlos descubrir y conocer aún más la maravillosa naturaleza en la cual vivimos, he recopilado algunas historias de plantas y animales de todo el mundo. Es verdad que, muy a mi pesar, he tenido que reducir las a tan solo una treintena, pero son una buena representación de la fantasía sin límites de la Madre Naturaleza.

El hombre siempre ha abrigado un sentimiento ambivalente de amor y miedo hacia los fenómenos naturales y los seres vivos. Por eso ha inventado mitos y leyendas para explicar, de manera inverosímil, su origen y su comportamiento.

Yo también he querido hacerlo. De hecho, cada capítulo de este libro está dividido en dos partes: la primera, la información científica sobre la planta o el animal venenoso; y, después, una historia nacida de mi imaginación en la que os cuento las maldades de la higuera estranguladora, de la araña escupidora y de todos los demás peligrosos protagonistas de la naturaleza, esperando haber vuelto a estos seres tan temibles, al menos, un poco simpáticos y hacerlos pasar un buen rato con sus historias.

¡Buena lectura!

DINO



La higuera estranguladora

Nombre científico:

Ficus watkinsiana

Distribución:

Australia

Nombre común:

higuera estranguladora,
higuera de Watkins, higuera
pezón, higuera de la bahía
Moretón de hojas verdes

Organismo:

planta arbórea, pariente
cercana de nuestra higuera
común

A muchos animales, como a los pájaros, les encantan los frutos dulces y nutritivos de la higuera estranguladora. Son precisamente ellos los que, después de haber comido, dejan caer desde las ramas de otras plantas las semillas que se les han quedado pegadas, por ejemplo, en el pico. La humedad obrará el milagro, y de cada semilla surgirá una joven y tierna higuera. Sin demasiadas necesidades, esta crecerá despacio, hidratándose con el agua de la lluvia y la humedad de la selva. Poco a poco, sus raíces irán creciendo y alargándose en busca de un suelo en el que penetrar.

Hasta aquí, nada especial. Parece tan solo una plantita inocente y en absoluto peligrosa. Pero no os dejéis engañar por las apariencias. Esas raíces se irán haciendo más gruesas y envolverán a la planta que las acoge en una densa red cada vez más estrecha... cada vez más estrecha...

Sentís como si os faltara el aire, ¿verdad? Pues esto no es nada.



Cuando las raíces de la higuera estranguladora alcancen el suelo, prenderán con firmeza y harán que la planta crezca ¡y se convierta en un verdadero asesino!

El anfitrión será estrangulado sin piedad entre sus espiras, incluso la copa será asfixiada, sustituida poco a poco por la de la higuera. En ese momento, el destino de la víctima queda decidido: morirá sin escapatoria y su madera se pudrirá, en parte «comida» por la misma higuera.

A veces, como testigo del delito, queda la compacta red de raíces de la higuera, huecas por dentro, que reproduce la estructura del pobre árbol anfitrión ahora ya desaparecido.





LA MEDITACIÓN DE ANANGÜE

Hay un cuento que se remonta a tiempos remotos, cuando los aborígenes australianos vivían todavía en su magnífica tierra sin que nadie los molestara. No existían grandes ciudades, ya que ningún hombre blanco había llegado aún para construir las.

En aquel tiempo, la naturaleza era rica en plantas y animales, el espacio inmenso, y los bosques, hoy exterminados, estaban sin contaminar. En aquel paraíso, los hombres se encontraban muy a gusto y daban gracias a los dioses por toda aquella abundancia.

Un día, uno de ellos decidió dirigirse hacia una roca sagrada, a los pies de un árbol gigantesco que proyectaba una magnífica sombra quién sabe desde cuándo. La leyenda cuenta que el hombre se llamaba Anangüe y que tenía muchísimos años. Su barba y su pelo enmarañado eran blancos como la espuma del mar; su piel era muy oscura y estaba cubierta por una intrincada red de arrugas en todas las direcciones, dibujando extrañas figuras —quizá contaran la historia de su vida—.

Con el tiempo, Anangüe había aprendido a amar y a contemplar la belleza de la creación, permaneciendo horas y horas, incluso días y días, totalmente inmóvil y en silencio, sin comer ni beber. Cómo lo lograba, nadie podría decirlo, ni ahora ni entonces.

Cuando aquel día se sentó bajo el gran árbol secular, el anciano aborígen se sentía especialmente sereno y satisfecho. Su pueblo prosperaba, y sus hijos y sus nietos eran tan numerosos como granitos de arena. Sonrió y suspiró profundamente,



luego cerró los ojos y dio gracias al cielo y a los dioses por todos aquellos dones.

Pasaron las horas y entró en un estado de meditación tan profundo que no le permitió fijarse en un papagayo de un bonito color verde que se había posado sobre una de las ramas del gran árbol.

También el ave se sentía satisfecha por la espléndida cena a base de higos que acababa de terminar. Después de murmurar algo incomprensible en su lengua «papagayesca», se limpió el pico en las ramas del gran árbol, dejando como recuerdo una pequeña semilla pegajosa. Después salió volando, inconsciente de su delito.

En efecto, de aquella semilla surgió un brote que dio vida a una plantita de un extraño árbol, que creció rápidamente gracias a la humedad y a la temperatura perfecta.

Pasaban los días, pero Anangüe seguía inmóvil, inmerso en su silenciosa meditación. Por supuesto, no podía darse cuenta de que la planta se había hecho grande y de que sus raíces habían alcanzado el suelo. Habían bajado de la copa del árbol y ahora envolvían la base donde meditaba el anciano. En silencio, le abrazaron también a él, encerrándolo en una prisión sin vía de escape. Cuando por fin Anangüe se despertó, se dio cuenta de que ya no podía moverse; solo tenía libre el brazo derecho, y el rostro barbudo despuntaba de un entramado de raíces leñosas.

La higuera estranguladora, quizá arrepentida de aquella maldad, sin poder tampoco romper la prisión leñosa, dejaba caer cada día un montón de higos dulces y maduros con los que Anangüe podía comer y saciar su sed.

Sus familiares, que hacía ya tiempo que lo estaban buscando, lloraron finalmente su definitiva desaparición.





Sin embargo, un día, un joven nieto de Anangüe volvió al poblado diciendo que, durante una de sus largas caminatas, había visto un árbol con cara y una larga barba blanca. Al principio no le creyeron, ya que a los jóvenes les encanta fantasear, pero después todos se hicieron guiar hasta aquella extraña criatura.

Y así fue como volvieron a encontrar a Anangüe, sano y salvo y con una magnífica experiencia que contar a sus mil nietos, la de la higuera estranguladora, que había sentido compasión por la vida de un anciano.

